

UNIVERSIDAD DUAL: RETOS ACTUALES
EN HUMANIDADES, ARTES Y SOCIEDADES
DUAL UNIVERSITY: CURRENT CHALLENGES
IN HUMANITIES, ARTS AND SOCIETYS

ANTONIO CASADO DA ROCHA (ed.), *Cultura Dual: Nuevas identidades en interacción universidad-sociedad*, Madrid, Plaza y Valdés, 2019, 242 pp.

La universidad no se transforma sola, sino en interacción con su entorno. Siendo una institución académica de origen medieval, no es de extrañar que los distintos saberes fueran organizados en “disciplinas” –ese término escolástico– en base a un orden jerárquico afin a su entorno. Tampoco es de extrañar que pensemos que ese entorno ha ido transformándose desde entonces y que las universidades lo han ido acompañando, cuando menos, de forma asincrónica y casi siempre a remolque del cambio social. Hoy observamos, por ejemplo, cómo las disciplinas de corte “científico” gozan de un mayor prestigio social que las denominadas “humanidades”. Observamos cómo a través de las primeras ha llegado recientemente a la universidad –al menos oficialmente– lo que se denomina “formación dual”, que permite la inmersión de estudiantes en el ámbito laboral durante su período formativo. Las ventajas que ese régimen de alternancia puede suponer para las disciplinas técnico-científicas son, a priori, evidentes. Sin embargo, como *filosofía educativa* no está exenta de ciertos cuestionamientos cuando es aplicada, en especial, al ámbito de las humanidades, las artes o la cultura en general. Estos son, de hecho, los problemas planteados en la obra aquí reseñada. Vayamos por partes.

El libro –editado por Antonio Casado da Rocha– pretende ahondar en lo dual de forma constructiva, atendiendo a los saberes y culturas locales más vulnerables a situaciones de *epistemicidio*. Cuenta con veintidós autores con distintas experiencias en docencia, investigación y extensión universitaria. El libro está compuesto por catorce artículos que no desembocan en soluciones concretas, sino en sugerencias y puntos de partida para abordar los retos de la *universidad dual*. Por un lado, esta propuesta acepta la idea de la formación universitaria como cualificación técnica en respuesta a las –difícilmente predecibles– demandas y necesidades coyunturales del mercado laboral. Por otro lado, identifica a la universidad como una institución de reflexión, pensamiento crítico y preservación de la cultura más vulnerable: aquella que no renta económicamente al tejido social y productivo de su entorno, al menos a corto plazo. Esa “tercera misión” –que se suma a la docencia e investigación– supone para los autores un reto de primer orden, a la cual van encaminadas las dos partes en las que se divide la obra. En la primera de ellas se aborda el objetivo desde el sistema universitario español en contraste con el europeo e internacional. En la segunda parte se pasa del diagnóstico general a una exploración heurística de algunas vías que pueden encauzar esa cultura dual en humanidades, partiendo de diferentes casos surgidos en el sistema universitario vasco.

Comienza Antonio Ariño Villarroya presentando el recorrido de la función cultural de la universidad a lo largo del tiempo, de su carácter e institucionalización. En el contexto español destaca a Rafael Altamira, que propuso como objetivos de extensión universitaria la *democratización del saber y la formación integral de la persona*. Aludiendo también al pensamiento de Ortega y Zambrano, recuerda el *liderazgo cívico* como tarea, es decir, el servir como guía o referencia de la transformación social. Y ante ello, Ariño adiciona otras dos funciones: la *preservación del patrimonio cultural* (científico, documental, bibliográfico) y la *innovación sociocultural* dentro del contexto de la sociedad global del aprendizaje. Este último punto retoma la concepción de la innovación propuesta por Echeverría (2017), que da cuenta de su carácter plural y amplía un concepto habitualmente reducido a los ámbitos empresariales, científicos o tecnológicos.

Sin embargo, el ámbito de las humanidades puede y debe ser innovador, en caso de que quiera sobrevivir. Un ejemplo de ello lo expone Olaia Miranda Berasategi abordando el estado de la investigación en arte. Esta autora defiende que la lógica dominante en la investigación académica se aleja sustancialmente de la *práctica* artística, la cual no tiene porqué responder a una norma discursiva. También argumenta que el déficit innovador proviene de una falta de valentía y confianza para afrontar la investigación bajo nuevos prismas, como en su caso, que adopta las lentes de la epistemología del arte. La cuestión central que ello suscita es, entonces: ¿De dónde proviene esa generalizada carencia de ímpetu?

Parte de la explicación puede estar relacionada con la política interna de la academia, cuestión examinada por María José Guerra. Identificando el neoliberalismo, la hiperburocratización y la sociedad del control – aludiendo a Deleuze – como elementos de transformación acelerada de las universidades, Guerra constata cómo se ha ido evanesciendo la *universidad social* labrada durante los años ochenta y principios de los noventa. El detrimento de la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, así como la precarización del profesorado más joven, son nuevos problemas difícilmente solucionables bajo el paradigma neoliberal actual. Sus modos de gestión y evaluación se relacionan con el aumento progresivo de ansiedad, estrés, depresión y, en algunos casos, el suicidio. Izaskun Sáez de la Fuente y Javier Martínez Contreras dan cuenta de ello analizando algunas patologías que, además, se intersectan con cuestiones de género. Estas *formas de vida* presentes en la academia son, según los autores, procesos estructurales de injusticia. Un desalentador panorama que puede comprenderse con el análisis de Fernando Broncano, bajo una solvente y esclarecedora óptica económico-política.

Tras las etapas mercantil e industrial del capitalismo, Broncano apunta que en la sociedad de la información la *producción cognitiva* se ha convertido en un centro neurálgico del capitalismo, provocando una gran contradicción cultural: la generación de una inmensa *industria de desinformación e ignorancia*. Según Broncano, el neoliberalismo deforma el carácter social, colectivo y cooperativo del conocimiento. Hace de la academia un *mercado* donde la competitividad y la lucha por el reconoci-

miento degenera en patrones de trabajo cercanos a lo patológico, provocando una disparatada carrera por la producción de artículos, libros o cualquier otra modalidad enmascarada de mercancía. En este entramado, los profesores no son examinados por sus conocimientos, sino por una barroca colección de protocolos y actividades que presuntamente incrementan la calidad, provocando una creciente pérdida de autonomía, un terror permanente a la vigilancia gerencial y una crisis de desconfianza entre el profesorado. Una tesis que se completa con la propuesta por Mikael Karlsson, centrada en las consecuencias de comercializar el conocimiento.

Karlsson distingue tres modalidades de investigación: *académica*, *industrial* y de *salud pública*. La diferencia entre ellas se sustenta en sus fines u objetivos, siendo la *curiosidad* en la primera, el *comercio* en la segunda y el *bienestar* en la tercera. Es en la investigación académica donde establece tres características necesarias: existencia exclusiva de criterios epistémicos en lugar de económicos o políticos, la accesibilidad pública de los resultados y, en tercer lugar, la liberación de conflictos de intereses particulares. Estos tres deseables rasgos entran en conflicto, naturalmente, con el problema de la financiación. Y es aquí donde critica la idea de “la industrialización de la curiosidad”, en sintonía con Broncano. Karlsson realiza una prognosis pesimista y lo plantea como un reflejo más de un fenómeno presente en el resto de esferas sociales. Ahora bien: si hay algún lugar donde resistir esa tendencia, ese es el constituido por la universidad pública.

Rafael Cejudo coincide con Karlsson y abogar por/defender que, por su parte, que

la academia debe reforzar su identidad en una alianza mutuamente potenciadora con la industria. Cejudo establece una analogía entre empresa y universidad, tanto pública como privada, y considera que una *responsabilidad social universitaria* debe ir más allá de su tercera misión. La universidad no debería depender completamente de la sociedad, sino ser precisamente el polo donde se permita actuar sin las constricciones de una lógica lucrativa. Por ello, Cejudo cree necesaria una *responsabilidad cultural universitaria* que mantenga el carácter plural de la cultura, libre de modas o preferencias sociales. Vicente Manzano-Arrondo y Alejandra Boni se suman a ello defendiendo que otra cultura académica es posible: una universidad despierta, alternativa y comprometida con el conocimiento genuino, la mejora de la sociedad y el goce duradero de la población. Su propuesta podría sintetizarse bajo el lema *hacer bien el bien, estando bien*; que remediaría esa combinación de *microapasionamiento* y *macroapatía* que se vive en la universidad actual.

Una de las aristas de ese reto viene de la mano de Jon Umerez y Marta García Rodríguez, que abordan la posibilidad de conciliar las dos culturas a las que aludía C.P. Snow en 1959: la cultura literaria y la cultura científica. Analizando la ulterior concepción de la *tercera cultura* propuesta por John Brockman, Umerez ve en las Ciencias de la Complejidad una clara referencia para armonizar sinergias entre ciencias y humanidades. No obstante, advierte también del peligro de caer en las llamadas “guerras de las ciencias”, para lo cual sugiere que la filosofía adopte un rol *crítico* y *preventivo* ante posibles excesos. Un rol que quizás debería asumir la llamada de Marta García Ro-

dríguez a la humildad, ya que la filosofía no puede presentarse como el único espacio de conciliación. Ese espacio debería ser el conjunto de la universidad, en su pluralidad de saberes. Lo que aportaría la filosofía, según la autora, sería la dotación de sentidos que compensen el continuo desencantamiento del mundo generado por las ciencias particulares.

Por su parte, Antonio Casado da Rocha y Janet Delgado Rodríguez reflexionan sobre la extrapolación del carácter pluridisciplinar de la bioética al resto de parcelas académicas. Siguiendo a Garcés (2017), abogan por una “alianza de saberes” que facilite arrostrar conjuntamente los temas de nuestro tiempo. También señalan que solo a través del reconocimiento de nuestra *vulnerabilidad compartida* es como podemos construir mejores climas de trabajo, tanto en el mundo sanitario como académico. En este sentido, la *resiliencia* –entendida como capacidad dinámica de organismos y colectivos para recuperarse de las crisis– sería un valor central que puede mejorar el funcionamiento psicosocial de una comunidad. Y ahí, la cultura –el “autocultivo con otros”– posee un rol fundamental, aunque para ello habría que hacer visible el *habitus* implícito en el que funcionan las instituciones y que no se recoge en documentos oficiales.

Otras dos aportaciones de interés son las de Ekai Txapartegi Zumeta y Elizabeth Pérez Izagirre. El primero defiende una colaboración sinérgica universidad-empresa y la segunda atiende un caso práctico en la relación universidad-escuela. Txapartegi cree que la filosofía tiene elementos valiosos para el mundo empresarial, más allá del papel cosmético y buenista que se asume en

algunos “*txokos éticos*”: aporta saber *pensar el presente, pensar a la gente como gente y saber vender ideas*. Tres competencias que permiten distinguir entre imaginación y fantasía, habilidad indispensable para cualquier negocio exitoso. Por otro lado, Pérez da cuenta del “currículo oculto” en las escuelas, el cual refiere a efectos nocivos como la *otrorización* y la reproducción de desigualdades entre alumnado autóctono e inmigrante. Ambos argumentan sus posiciones a partir, también, de sus propias experiencias en la práctica. Junto con el resto de aportaciones que este libro contiene, muestran que los retos de nuestro tiempo son tan económicos como culturales, tan de ciencias como de letras: por eso convendría encaminarse hacia una *alianza de saberes*. La exigencia de atender a todos ellos, y no solo a unos pocos, caracteriza la *universidad dual* propuesta, cuya idiosincrasia pretende ser, ante todo, *plural*.

Bibliografía

- Echeverría, J. (2017). *El arte de innovar: naturalezas, lenguajes, sociedades*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Garcés, M. (2017). *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama.

José Luis Granados Mateo

Universidad del País Vasco (UPV/EHU)

jlggranados.ing@gmail.com

ORCID.org/0000-0002-5881-6163